

Reseña

Santiago, José (2015): *Lecciones de sociología de la religión y el nacionalismo*, Barcelona, editorial Anthropos, 304 págs.

El libro de Jose Santiago, basado en su tesis doctoral, recoge el legado de casi dos décadas de trayectoria académica dedicada al estudio de la religión y el nacionalismo. Los estudios que vinculan lo sacro con el nacionalismo no son nuevos en la teoría social. El patriotismo cívico en el proyecto de sociedad moderna durkheimniana, por ejemplo, ocupa un lugar destacado en el pensamiento del clásico sociólogo. Posteriormente, al menos desde los trabajos de Robert. N. Bellah sobre el nacionalismo norteamericano en los años sesenta, la sociología ha utilizado el concepto de “religión civil” para referirse a rituales políticos y creencias cívicas nacionales en sociedades secularizadas. La idea de nación jacobina durante la Revolución Francesa o la ideología de la Unión Soviética también han sido analizadas desde una perspectiva similar. En España, Salvador Giner, entre otros, ha trabajado el concepto para dar cuenta de los procesos de sacralización de ciertos aspectos profanos de la vida social en el espacio público que refuerzan la identidad nacional en sociedades pluralmente heterogéneas. La obra de Santiago, que en su trayectoria investigadora se ha orientado al estudio de identidades nacionales sin estado, más que a los nacionalismos hegemónicos, supone en buena medida una ruptura con estos estudios. Santiago no entiende el nacionalismo como un factor de integración simbólica o cohesión social en el marco de un Estado-Nación, sino que lo concibe como un potente mecanismo de sacralización de fronteras –étnicas- en el interior de los mismos.

El libro se divide en tres partes. En la primera parte, Santiago aborda las múltiples modalidades de influencia de la secularización y la religión en la génesis y el desarrollo de los nacionalismos. Para el autor, la relación entre religión y nacionalismo secular no es de sustitución o equivalencia funcional. Para el sociólogo, las sociedades seculares son sociedades policéntricas, donde los valores carecen del manto religioso que homogeneizaba las sociedades tradicionales y se caracterizan, por tanto, por la imposibilidad de ser reguladas mediante sistemas simbólicos y/ de sentido monocéntricos, como el religioso. En los nacionalismos seculares, en cambio, si pueden existir “procesos de trasfencia de sacralidad”, en especial en los tiempos de transformación de los nacionalismos religiosos -donde la religión forma parte del

imaginario nacional dominante- en nacionalismos seculares –donde la religión ha sido expulsada de este imaginario-. Estos procesos de transferencia de sacralidad son factibles porque el nacionalismo religioso hace de los medios de salvación -la lucha por la patria- un camino para conseguir el bien religioso cristiano por excelencia, la salvación del alma. En el proceso de tránsito de una sociedad religiosa a una secular, la religiosidad sigue teniendo cierta importancia subjetiva en la vida social pero incipientemente se empieza a poner en duda la capacidad institucional de la Iglesia para dispensar el bien final. Aquí, los bienes y los medios son proclives a ser sujetos a una permutación. Esta permutación se produce porque los agentes activos en la construcción del sentido nacional consideran el medio -la victoria de la nación- como la *única garantía* mundana de conseguir la salvación religiosa. La religión, por tanto, en determinados casos, puede actuar como un mediador evanescente que da un lugar a un proceso weberiano de “heterogonía de los fines”. El resultado de este proceso es que la religión, con su progresiva desaparición, puede llegar a favorecer la expansión del nacionalismo secular.

En la segunda parte del libro, el autor analiza a fondo las relaciones entre secularización y nacionalismos seculares -capítulos 4 y 5-. En estos capítulos se investigan las formas de sacralización del nacionalismo que desafían el proceso de secularización en algunos de los aspectos que los sociólogos de la religión han señalado que la religión y lo sacro se manifiestan. Estos niveles, según la clasificación del autor, son: el nivel sustantivo -trascendencia e inmortalidad-, funcional -vínculo comunitario- y modos de creer -imaginarios de continuidad-.

En la tercera parte del libro las trabajadas revisiones de la literatura expuestas en previos capítulos se aplican a casos de estudio particulares -País Vasco y Quebec-, desde una perspectiva comparativa. El aspecto central que compara el autor entre País Vasco y Quebec es el proceso de transformación de ambos nacionalismos, de raíz religiosa en sus orígenes, en nacionalismos seculares. Como señala el autor, históricamente, los nacionalismos -y nacionalistas- vascos y quebequenses se han caracterizado por tener una fuerte identidad católica. Santiago, acudiendo a fuentes biográficas secundarias de los líderes nacionalistas en ambas regiones, acredita que en la fase religiosa de los nacionalismos vascos y quebequense –que comprende el periodo histórico previo a los sesenta y setenta del pasado siglo veinte- las afinidades electivas entre nacionalismo y las lógicas teocéntricas en el País Vasco y Quebec son notables. Los nacionalistas se representan como “enviados de Dios” y asimilan la patria -medio de conseguir el bien religioso- a la salvación -el fin en sí mismo-. Pero con la llegada de los primeros visos de secularización en los sesenta y setenta, las relaciones religión-nacionalismo se reconfiguran. En este periodo aparecen los ya citados procesos de transferencia de sacralidad entre religión e identidad nacional, que dan parcialmente cuenta, entre otros fenómenos, del auge de ETA en el País Vasco y del Frente de Liberación de Quebec. No obstante, con el avance de la secularización y el cambio social en ambas regiones, los nuevos nacionalismos, impulsados en un primer momento por los procesos de transferencia de sacralidad, se han visto en la necesidad de reinventarse. De entre todos los elementos que se presentan como plausibles para reconfigurar el sentido de frontera sacra en los nuevos nacionalismos vascos y quebequenses, uno destaca por encima de

los demás, el territorio como espacio soberano. En los nuevos nacionalismos vascos y quebequense las metáforas arborescentes y botánicas acerca de las raíces de los pueblos originarios son desplazadas de su centralidad por las relaciones metonímicas relacionadas con un espacio que contiene al cuerpo nacional. Gracias precisamente a ese carácter metonímico, la nación, cambiando, no queda corrompida sino modernizada. Una de las consecuencias más relevantes de estas trasformaciones es que se pluralizan los tipos de nacionalismos -étnicos, cívicos- que coexisten en un mismo territorio y con ello se diversifica el propio carácter de la nación.

Las naciones, concluye Santiago, necesitan de contenidos fronterizos y diacríticos con la finalidad de seguir pensándose a sí mismas como un objeto autoevidente y prepolítico, especialmente en los periodos de cambio social. La relación entre lo sacro y el nacionalismo en los nacionalismos plenamente seculares tiene que ver, según el autor, con las ideas de origen y de evolución o, en otras palabras, con el sentido de espacio-tiempo nacional y los procesos de sacralización del mismo. En primera instancia, los nacionalismos usan una estrategia de sacralización de pasados puros y/o gloriosos -“edades de oro”- que dan cuenta de la genealogía de la nación en el mundo y la legitimidad de su existencia. Pero el autor no cae en los esencialismos obtusos. Para Santiago, los mitos, la historia nacional y las memorias colectivas forman parte de un entramado identitario y narrativo que toman la forma de “tropos”, por lo que pueden reestablecerse y transformarse para dar respuestas distintas a la misma pregunta acerca del origen del ser nacional en el mundo. Y esa historicidad, asimismo, puede detectarse en la selección contextuada de rasgos diacríticos que marcan la frontera nacional en los nacionalismos seculares y producen sacralidad en diferentes objetos. La clave es que los nacionalismos tienen que ofrecer imaginarios de continuidad del nosotros nacional y por ello sacralizar nuevos rasgos para sobrevivir.

El trabajo de Santiago nos ofrece una valiosa perspectiva sobre la que pensar los nacionalismos y sus relaciones con otros fenómenos sociales. Su lectura ofrece al lector un mapeo de las principales ideas en los estudios sobre religión y nacionalismo, así como dos casos empíricos sobre los que pensar en lo concreto tales ideas. El libro es un buen trabajo de teoría sociológica. Para aquellos lectores que se dispongan a realizar una lectura global y sistemática del libro, la forma de organización de las ideas contenidas en los capítulos conducirá a ligeras reiteraciones y a la reaparición, en los capítulos finales, de alguna líneas argumentales que parecían ya descartadas por los capítulos precedentes. Bien consciente de este hecho, en su introducción el autor nos pide indulgencia al respecto, enfatizando las ventajas de presentar los capítulos como piezas autónomas de lectura. Los interesados en los estudio sobre religión y nacionalismo que lean la obra en su conjunto, dado el carácter divulgativo y riguroso del trabajo, estoy seguro de que concederán la indulgencia solicitada y disfrutaran de la lectura del libro.

Antonio Montañés
 Universidad Autónoma de Barcelona
 antonio.montanes@e-campus.uab.cat